

glo XVIII, aventurándolo todo sin probar nada exagerando las pruebas mas ligeras y callando á propósito las dificultades mas graves. La causa que tenemos que defender no necesita de los rodeos ni de los ardidés de una dialéctica artificiosa.

Nuestra marcha será recta y franca como la verdad, y nuestro método será subir al origen de las cosas, y deducir sus consecuencias exponiendo y resolviendo las objeciones. La religion no teme la luz; desea manifestarse y mostrarse al descubierto. Ella misma excita á su exámen y aun le manda; y si alguna vez se siente ofendida por el orgullo del blasfemo, jamas se cree honrada por los homenages de una estúpida credulidad. No, los discípulos del Evangelio no son los del Alcoran.

Poseidos del designio de instruir y de ilustrar, procuraremos convenceros, no arrebatáros; ó por mejor decir, procuraremos arrebatáros por medio de la conviccion. Despreciaremos las emociones fugaces; y nuestro objeto no será atraeros á una buena accion, ó á un esfuerzo generoso pero pasajero; sino uniros á la religion por medio del convencimiento mas meditado y mas profundo. ¡Feliz yo si cada uno de mis discursos disipase en vosotros alguna preocupacion, y haciéndoos concebir temores por

el descuido en que hasta ahora habeis vivido, fortificase en vosotros algun deseo de instruiros; de manera que al salir de esta asamblea, lleváseis en vuestras almas el aguijon de la verdad!

Si en nuestro language procurásemos usar de energía, tened presente que nuestros discursos no se dirigen contra las personas, y si solo contra sistemas que nos es permitido mirar como el azote de las costumbres y de la sociedad. Tampoco encontraréis en nuestras palabras una hiel que no se halla en nuestro corazon; pues el desgraciado que se extravía es aun mas digno de compasion que de enojo; y á la vista del incrédulo debemos recordar aquellas palabras del apóstol: *Que el que está de pie tema caer.* Tendremos presente que si la religion no transige con los errores, porque es la verdad pura, tambien está llena de condescendencia con las personas, porque es la misma caridad. No por esto olvidaremos que la caridad no debe ser débil; y que si es indulgente, no por eso lisonjea las pasiones: que si se enternece al mirar la suerte de los extraviados, tiene tambien el valor necesario para turbar su fatal indiferencia; y que si llena de generosidad mira por los verdaderos intereses del hombre dedicándose á conducirle á la verdadera felicidad, y á separ los obstáculos que le desvian de ella, que no son

otros que los errores y los vicios, esta misma caridad con que ama á las personas, es cabalmente su mayor estímulo para declararse con fuerza contra la mentira y las pasiones que las seducen.

No ignoramos que en este siglo de indiferencia el celo por la religion se llama *fanatismo*; pero esto es solo un abuso deplorable del lenguaje y una denominacion tan injusta como odiosa; mas si no empleásemos otras armas que las del racionio y de la persuasion, si nos abstiviésemos de toda personalidad ofensiva, y solo diésemos á nuestras palabras la fuerza que exigen las cosas mismas, ¿se nos imputaria todavía semejante odio, ese celo violento y arrebatado, y en fin el fanatismo? ¿Se ha de llamar celo justo y razonable vituperar con vehemencia el robo y el homicidio, el perjurio y la calumnia, y no ha de ser mas que fanatismo el combatir los mas funestos errores? ¡Qué inconsecuencial! Harto mas terribles son por cierto las malas doctrinas que las malas acciones. El ejemplo podrá arrastrar al vicio, pero no le justifica; podrá inspirar osadía, pero no ahoga los remordimientos; al paso que los malos principios se dirigen á legitimar y santificar el crimen, haciendo á los hombres malos por sistema, y dando al vicio la calma de la virtud. La

razon es indudablemente la regla de lo bueno y de lo bello entre los hombres; la que debe presidir al destino de los estados como al de las familias y de los particulares; pero no es ménos cierto que si esta misma razon llegase por desgracia á corromperse en sí misma, oscureciéndose las luces del entendimiento, y confundiendo todas las nociones de lo justo y de lo injusto, y si al mismo tiempo por el silencio de los hombres de bien se generalizase en todas las clases de la sociedad semejante desarreglo de ideas y ofuscacion de toda verdad, el mas espantoso desórden seria el resultado de tan impía indiferencia. Una generacion sembraria tranquilamente la mentira, y otra recogeria por frato delitos y desastres, y se veria salir de la levadura de errores funestos despues de alguna fermentacion el doble monstruo del ateismo y de la anarquía. Entónces, entónces solo se conoceria que el celo contra los errores era prudencia; y no fanatismo.

Con la misma falta de fundamento se nos acusará acaso de atacar injustamente la filosofia, como si pretendiésemos que toda filosofia es indigna de nuestra estimacion y de nuestros elogios. Aquí es preciso que nos expliquemos para entendernos, pues seriamos muy poco filósofos si nos dejásemos engañar por un valo

equivoco de lenguaje. Hay sin duda una filosofía digna de nuestro respeto, porque se dirige á perfeccionar al hombre, así como hay otra digna de todo nuestro desprecio, porque se dirige á pervertirle. Hay una falsa filosofía que forma sofistas, así como una falsa elocuencia que forma declamadores: el filósofo hace buen uso de su razon; el sofista abusa de ella, y según la aceptación primitiva de la palabra *filosofía*, es como si se dijese: *amor de la sabiduría*. En todos siglos ha habido verdaderos y falsos sabios, opuestos entre sí en doctrinas; así como defensores y enemigos de las verdades morales y religiosas, y en todos tiempos se ve el genio del mal luchar contra el genio del bien. Entre los antiguos Sócrates y Platon, Ciceron y Marco Aurelio fueron filósofos; y aunque sus doctrinas y su conducta no fuesen del todo irreprehensibles, se manifiestan en sus escritos movidos del amor de lo honesto y de lo bello, y debe admirarnos, cómo en medio de las tinieblas y de la corrupción del paganismo pudieron elevarse á pensamientos tan altos y á sentimientos tan nobles. Entre los modernos Bacon, Pascal, Descartes, Newton, Locke, Malebranche, Bossuet y Leibnitz han sido filósofos; y aunque en algunos puntos no todos hayan profesado la verdad completa, se ve sin embar-

go quanto aborrecian las doctrinas que se han hecho tan generales en nuestros dias, buenas únicamente para justificar el vicio y arruinar todas las virtudes; y no hay uno solo entre tan ilustres personajes que no haya reverenciado la religion cristiana como obra del mismo Dios.

Hay pues una filosofía sabia y moderada que solo merece este nombre, y que ilustrada, pero no orgullosa, estudia las facultades y las operaciones del entendimiento humano, sin enseñar el absurdo y vil materialismo; las maravillas y las leyes de la naturaleza, sin blasfemar contra su autor; la política y sus resortes, sin conmovér los fundamentos de la sociedad; y la moral y sus principios, sin negar la distincion del bien y del mal. Esta filosofía es pues digna de ser cultivada por todos los hombres de bien; pero hay tambien otra pretendida filosofía que se desenfrena contra Dios y la Providencia, que asemeja el hombre á la bestia, y trata el cristianismo de invencion humana. Esta ha sido la filosofía de muchos escritores de nuestros dias; y una multitud de ateos, materialistas y deistas, que no solo lo han sido, sino que han vivido agitados de la mania de hacer prosélitos, enemigos de Dios, de la vida futura y de la religion cristiana, se han dado á sí mismos el dictado de filósofos. Es indudable que su modo de filosofar

no era en todos el mismo; cada uno tenia sus opiniones predilectas que procuraba hacer prevalecer, y en cierto modo se pueden contar tantos sistemas como doctores. Es bien sabido cuán opuestas son entre sí sus teorías sobre la moral, la política, la educacion y las letras, y que en sus sistemas reina la mas extraña confusion; pero todos estaban conformes en un punto capital, que era combatir y ridiculizar toda religion en general, y en particular el cristianismo, insultando con una soberbia desdeñosa su doctrina y sus leyes; y aun por esto precisamente se consideraban como entendimientos privilegiados y como hombres exentos de toda preocupacion, como filósofos en fin. Dispensaban desde luego al siglo XVII la gracia de llamarle siglo de la imaginacion, de las letras y de las artes; pero el XVIII era el de la razon, el de las luces, y en una palabra, el de la filosofia. Yo solo veo en esto la profanacion de tan hermosa palabra empleada hasta entónces para expresar cuanto habia de mas juicioso en la conducta, y mas elevado en el pensamiento. Este título era en realidad una usurpacion; pero en fin le consagró el uso, este grande árbitro del language. Seria preciso sin embargo ignorar completamente la historia literaria del último siglo para no saber que la palabra *filosofia*

se hallaba sin cesar en la boca y en la pluma de los escritores enemigos del cristianismo, y que entre ellos *filosofia* era casi siempre sinónimo de *incredulidad*; y es bien extraño que se pregunte algunas veces á los apologistas de la Religion lo que entienden por filosofia, y por filósofos del siglo XVIII.

Se quejan algunas veces de que se les procura deshonorar, y se complacen en recordar con este motivo sus conocimientos, su beneficencia y sus cualidades domésticas. Pero ¿desde cuando, señores, está obligada la posteridad á respetar la memoria de un escritor cuando sus opiniones son perversas? Léjos, léjos de nosotros en este lugar toda injusticia, y aun cuanto pueda tener la apariencia de tal: siempre sabremos distinguir su talento del uso que han hecho de él, y sus producciones estimables de las que no lo son. ¿Pero será preciso que sacrifiquemos los intereses de la verdad preciándonos de una débil indulgencia? ¿Y se exigirá de nosotros que honremos á unos hombres cuyos sistemas solo son buenos para justificar todos los vicios, y engendrar mil desórdenes en las familias y en la sociedad, por solo haber escrito algunos trozos de prosa ó de poesia en que brille el talento; por algunas páginas elocuentes, por algunos actos de una virtud fácil, ó per

algunas cualidades agradables en el comercio de la vida? ¿No tendremos jamas el juicio necesario para estimar el talento por solo su buen uso? Estos apóstoles de novedades han sido tanto mas culpables, cuanto debian ser naturalmente mas ilustrados. En otro tiempo se vió á los filósofos célebres hacer nobles esfuerzos hácia la verdad, aun en medio de los errores del paganismo; miéntras que los nuestros, aun en el centro de las luces del cristianismo, se han atormentado por atraer las tinieblas. ¡Ah! ¡y demasiado han conseguido precipitarnos en el abismo!

¿Se dirá acaso para disculparlos que ántes de que ellos existiesen se habian esparcido ya en la nacion las doctrinas atrevidas, y que léjos de haber sido sus inventores, se han visto dominados y atravesados por el espíritu de su siglo? ¡Vana justificacion! Guardémonos de mirar como irresistible una influencia solamente peligrosa, y no introduzcamos entre los escritores una especie de fatalismo tan funesto como insensato. El deber de todo escritor de probidad es luchar contra el torrente de las malas doctrinas; y dejarse arrastrar por ellas, es hacer un papel tan fácil como vergonzoso, que ni supone talento ni virtud. El escritor que ha recibido de Dios todos los dones del entendimiento, desconoce la dignidad de su vocacion, y ven-

de cobardemente el destino á que está llamado, si en lugar de trabajar para retraer á sus contemporáneos de extravios, sigue débilmente sus huellas. Yo bien conozco que si ha tenido la desgracia de nacer en medio de una generacion pervertida, necesitará mucho mas valor para oponerse al espíritu general; y que si tiene la debilidad de ceder será acaso ménos criminal, pero nunca dejará de serlo. El debe penetrarse de que es defensor nato de la verdad y de la virtud; de que el talento así como la autoridad solo se ha dado al hombre para el bien de sus semejantes, y que es tan ilícito abusar del entendimiento para corromper, como del poder para oprimir. Si se admitiese á los apóstoles de las malas doctrinas la excusa de un influjo extraordinario, muy luego pretendirian disculparse todos los malhechores, ya con la fuerza del temperamento, ya con la necesidad, ó ya con el imperio inevitable de las circunstancias: por esto yo deseo principalmente reconocer en el escritor al hombre de bien, pues no me hallo dispuesto á transigir con el vicio y la mentira por consideraciones al talento. ¿Qué importa, si la bebida es mortal, que se presente en una copa de oro? ¡Desgraciado el siglo en que solo se aprecie mucho el talento y nada la probidad! Cuando una nacion ha des-

cendido á tal degradacion intelectual y moral, es preciso que perezca, ó que vuelva por medio de un esfuerzo generoso á las sendas de la sabiduría y de la verdad.

Ahora es, señores, cuando podeis conocer en qué sentido tendremos nuestras Conferencias, y acaso conocereis ya que podrán seros de alguna utilidad. Venid, pues, á oirlas, no movidos de una vana curiosidad, sino del deseo sincero de aprender la verdad: el que la ama puede creer casi haberla encontrado: permitidme que con esta ocasion recuerde las palabras de San Pablo en el libro de los Hechos Apostólicos. Llegó en uno de sus viages evangélicos á aquella ciudad de la Grecia, tan famosa por el estudio de las letras y de la filosofia, cuanto podia serlo Roma por sus conquistas y su poder. Al entrar en Atenas vió por todas partes las estatuas de los falsos dioses; pues era un verdadero templo de ídolos. A su vista se anima é inflama su celo; se encamina á la plaza pública adonde se dirigen á escucharle los habitantes movidos de la natural curiosidad y del ansia que los atenienses tenían, no ménos entónces que en los tiempos de Demóstenes, de aprender alguna cosa nueva: conversa con los filósofos de las diversas sectas, con los epicúreos que no creen en el dogma de la Providencia y de la vi-

da futura; con los estóicos que, como los fatalistas de nuestros dias, solo ven por todas partes una irremediable necesidad: pregúntanse unos á otros, ¿qué intenta aquel extrangero con su nueva doctrina? y le conducen al areópago. No se intimida el apóstol en tan ilustre asamblea; pero usando de una justa moderacion no trató de proponer atropelladamente á los sabios paganos los altos misterios del cristianismo, sino que principió por recordarles las primeras verdades que abren el camino á la fe cristiana; y tomando la palabra en su griego medio bárbaro: „Señores atenienses, les dice: al pasar por „vuestra ciudad me ha parecido que sois con „extremo religiosos; he leído sobre uno de vuestros altares esta inscripcion: *Al Dios desconocido*. Pues bien, yo os anuncio ese Dios á quien „no conoceis: él es quien ha hecho el cielo y la „tierra: él, quien arregla el curso de las estaciones, y él, quien ha criado al género humano. Este gran Dios quiere en fin disipar la ignorancia de los hombres, y les advierte que „reformen sus costumbres, porque ha señalado „un dia en que debe juzgarlos á todos.” ¿Qué sucedió con este discurso del Apóstol? El escritor sagrado nos lo refiere con la mas ingenua sencillez: algunos se burlaron de sus discursos: *Quidam, quidem irridebant*: otros le dijeron:

otro dia os oiremos sobre esto: *Quidam autem dixerunt: audiemus te de hoc iterum;* pero tambien los hubo que haciéndose instruir, abrazaron el cristianismo, siendo uno de ellos Dionisio, individuo del areópago: *Quidam verò viri adhaerentes ei, crediderunt; in quibus et Dionysius areopagita.*

La suerte, señores, de San Pablo predicando ante el areópago será siempre la de los predicadores de la verdad. Diez y ocho siglos despues que él en Aténas anunciamos nosotros la misma doctrina en esta capital, que por sus inclinaciones, sus costumbres y sus ornatos pasa por la Aténas de los tiempos modernos. ¿Pero qué nos sucederá? Habrá espíritus satíricos que se burlarán de nuestra doctrina como de una vana fábula: los habrá que conmovidos, pero débiles y amantes de sus placeres, querrán dilatar hasta una época mas avanzada de la vida las reflexiones serias: *audiemus te de hoc iterum;* pero nos atrevemos á esperar en el Dios de las misericordias, que habrá tambien algunos que vuelvan al camino de la verdad y marchen fielmente por él hasta el fin. Y con que un solo jóven venga en esta inmensa ciudad á abjurar sus errores al pié de esta cátedra, quedarán pagados con usura nuestros trabajos y esfuerzos.

DE LA VERDAD.

SI quisiésemos recogerlos por algunos momentos dentro de nosotros mismos para descifrar los gustos y las inclinaciones mas profundas de nuestra naturaleza, descubriríamos fácilmente que hemos sido formados para la verdad, y que á nuestro pesar nos vemos impelidos á mirar como una extravagancia ese pirronismo universal, que nada reconoce falso ni verdadero, y aparenta no ver mas que incertidumbres. Yo experimento dentro de mí mismo, que mi ser me arrastra por su misma naturaleza hácia la verdad, como hácia el centro de mis deseos y de mis afecciones; que mi entendimiento solo vive para ella, y que solo tomando sus colores y sus rasgos puede agradarnos ó movernos la mentira. Mi entendimiento está tan sediento de verdad, como mi corazon de felici-